

El politólogo como político. La ciencia política como compromiso, vocación y acción¹

Gianfranco Pasquino

Profesor Emérito de la Universidad de Bolonia, Italia. Senior Adjunct Professor, SAIS-Europe.

Miembro de la *Accademia dei Lincei* ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/poso.94808>

Envío: 29 mayo 2023 / aceptación: 24 noviembre 2023

Resumen: El título de mi artículo es algo engañoso, pues nunca fui ni quise ser “político”. Por casualidad y, quizá por alguna virtud, considero un gran honor y una alta distinción haber sido el primer profesor italiano de Ciencia Política electo como senador al Parlamento durante tres legislaturas 1983-1987; 1987-1992; 1994-1996. Espero que mis reflexiones sobre por qué, cuándo y cómo arrojen algo de luz sobre la política italiana y sobre la ciencia política en general y, por supuesto, sobre la relación entre política y ciencia política y viceversa. Quizá de ello se deriven algunas lecciones para la profesión y la disciplina, para la política y los actores políticos. Muchas de esas lecciones he intentado trasladarlas a mis escritos. Por ello, los lectores encontrarán referencias a los artículos y libros que he escrito a lo largo de mi vida productiva. En este artículo, mis escritos pretenden iluminar los problemas que voy a tratar, identificar las fuentes de mi pensamiento y sugerir lo que queda por hacer. Afortunadamente o no en política y en el estudio de la política, siempre y en todas partes queda mucho por hacer con viejos y nuevos problemas, buscando viejas, y olvidadas, y nuevas enseñanzas. La ciencia política no es la única respuesta, pero es la que he practicado y sigo considerando más prometedora, preferible e intelectual y políticamente más gratificante.

Palabras clave: ciencia política; carrera política, parlamento italiano, politólogos, política italiana.

ENG The political scientist as politician. Political science as commitment, vocation and action

Abstract: The title of my article is somewhat misleading. I never was and never wanted to be a “politico”. By chance and, perhaps, virtue, I consider it a great honor and a high distinction to have been the first Italian Professor of Political Science to be elected as Senator to the Italian Parliament, for three terms 1983-1987; 1987-1992; 1994-1996. My reflections on why, when, and how will hopefully throw some light on Italian politics and on political science in general and, of course, on the relationship between politics and political science and viceversa. There may follow some lessons for the profession and the discipline, for politics and the political actors. Many of those lessons I have tried to transfer into my writings. Hence, the readers will find references to the articles and books I have written during my productive life. In this article, my writings are intended to illuminate the problems I will be discussing, to identify the sources of my thinking and to suggest what remains to be done. Fortunately, or not in politics and in the study of politics, always and everywhere a lot remains to be done with old and new problems, looking for old, and forgotten, and new teachings. Political science is not the only answer, but it is the one I have practiced and still consider the most promising, preferable, and intellectually and politically the most rewarding.

Keywords: political science; academic carrier; Italian parliament; political scientists; Italian politics.

Sumario: 1. Introducción. 2. El punto de inflexión. 3. Leyes electorales y representación política. 4. Liberalismo, competencia política y representación. 5. Volver a la enseñanza y... predicar. 6. Un cuento de nunca acabar: las reformas institucionales. 7. A manera de conclusión: una cierta idea de la ciencia política. 8. Bibliografía.

¹ Traducción de Fernando Barrientos del Monte.
Profesor Investigador, Universidad de Guanajuato, México.
ORCID: 0000-0002-0760-3993
fbarrienmx@gmail.com

Cómo citar: Pasquino, G. (2024) “El politólogo como político. La ciencia política como compromiso, vocación y acción”. *Polít. Soc. (Madr.)* 61(1), e94808. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.94808>

1. Introducción

En retrospectiva, no puedo decir en absoluto que mi elección al Senado fuera la culminación de una estrategia política bien planificada y conscientemente llevada a cabo por mi parte. Todo lo contrario. Aunque, por supuesto, tenía mucho interés por la política, en Italia y en el mundo, adquirido en menor medida en el bachillerato y en mayor medida en la universidad, nunca me consideré un político ni un parlamentario. Cuando fui presidente de la Asociación de Estudiantes de Ciencias Políticas de la Universidad de Turín (1964-1965), tuve el privilegio de invitar a ofrecer una conferencia a un importante parlamentario, antiguo ministro del Presupuesto, el socialista Antonio Giolitti, el primero y durante varios años el único parlamentario que conocí y quien más tarde sería comisario europeo (1977-1985). Me interesaban sus ideas y sus ideales, no su carrera. Mi primer encuentro con la ciencia política había tenido lugar en 1962. Un par de años antes me había matriculado en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Turín; en aquel momento probablemente el mejor de Italia. Pero mi principal interés era estudiar historia y filosofía política para convertirme en profesor de instituto. Fue Norberto Bobbio, catedrático de Filosofía del Derecho y de Ciencias Políticas, quien en cierto modo “descarriló” mi incipiente plan de carrera. Asistí a sus dos cursos y conocí dos obras maestras: *Los partidos políticos* (1951), de Maurice Duverger, y *El sistema político* (1953), de David Easton. Además, seguí un excelente curso sobre la Teoría de las Elites (de Mosca, Michels y Pareto a C. Wright Mills). Bobbio aceptó amablemente ser mi supervisor para obtener el grado en Ciencias Políticas, y luego fui aceptado en el Programa de máster en Relaciones Internacionales de la Johns Hopkins School of Advanced International Studies (SAIS), el primer año en Bolonia y el segundo en Washington, D.C. En junio de 1967 en el campus de Baltimore, me concedieron el máster en Relaciones Internacionales. Me di cuenta de lo afortunado que fui al conocer tan pronto los artículos y libros que marcaron la mejor fase de los estudios sobre el desarrollo político. Creo que debo citar absolutamente el artículo de Samuel P. Huntington, *Political Development and Political Decay*, y el libro de Gabriel A. Almond y G. Bingham Powell, *Comparative Politics. A Developmental Approach* (1966), del cual escribí una larga presentación en la traducción italiana de 1970. El artículo de Huntington se convirtió en el punto de partida de su inmensamente influyente *Political Order in Changing Societies* (1968). El estudio del desarrollo político permitió a muchos estudiosos ocuparse de las cuestiones más importantes que la ciencia política analiza y puede iluminar: la construcción de instituciones, la configuración de regímenes, tanto democracias como autoritarismos, los partidos políticos y la participación, el papel de los militares en la política, la representación, la gobernabilidad y la decadencia. Mi primer libro *Modernizzazione e sviluppo politico* (1970) hizo de mí un politólogo con muchos intereses académicos y políticos y con la capacidad de buscar las respuestas adecuadas. El punto de inflexión en mi vida activa llegó cuando de regreso a Italia gané la beca para asistir y formar parte del ciclo de seminarios de Política Comparada impartidos por Giovanni Sartori en la Universidad de Florencia. Por aquel entonces no comprendía del todo qué pretendía Sartori al crear una escuela y fundar la *Rivista Italiana di Scienza Politica* (1971), de la que fui redactor en jefe durante los primeros siete largos años. Más tarde me di cuenta de que perseguía un ambicioso doble objetivo: *i)* mostrar las debilidades irredimibles de la cultura democristiana y los fracasos del marxismo y de sus hijos; *ii)* afirmar la existencia de una cultura política moderna, pragmática y científica, derivada de la ciencia política, métodos y sustancia, en su máxima expresión (*vid. Cap. 5, Libertà inutile*, 2021). Al principio fui incapaz de apreciar plenamente lo que a principios de los años noventa era al mismo tiempo una lección de ciencia política —que el propio Sartori practicaba vigorosa y rigurosamente, y nunca dejó de hacerlo— y una lección de civilidad: cómo comportarse como un erudito, estudiar, escribir y “predicar” para mejorar la calidad de la política y del sistema político, el conocimiento y el comportamiento de todos los actores políticos. Más de cincuenta años después he llegado a la triste conclusión de que ninguna de las dos lecciones se ha aprendido con éxito, pero también de que los actuales profesionales de la política y de la ciencia política, (no solo) italianos, parecen totalmente desinteresados por lo que es a todas luces la tarea de la ciencia política: estudiar la política para mejorarla.

Llámesese “vocación” o “misión” secular, a la manera weberiana, la probabilidad de que la ciencia política pudiera ponerse efectivamente a trabajar y producir diversas mejoras en los sistemas políticos existentes y en las condiciones de vida de hombres y mujeres me resultó muy atractiva algunas décadas después. Durante muchos años Sartori dedicó su ímpetu a temas eminentemente políticos: partidos y sistemas de partidos y democracia, aunque tratados de forma impecablemente erudita. Evidentemente, en Italia como en otros países, muchos estudiosos, periodistas, escritores, filósofos, intelectuales, empezando por Maquiavelo, han intentado influir en la política, debo decirlo de forma un tanto vaga. Mi idea de influir en la política seguía siendo algo incipiente. En cualquier caso, lo que enseñaba y hacía no estaba exclusiva ni principalmente determinado por mis preferencias políticas. Cuando en un referéndum nacional estaba en juego la derogación de la ley recién aprobada que concedía a las mujeres la posibilidad de obtener un aborto legal, hice campaña para mantener la ley y escribí un par de artículos periodísticos. En los años setenta, tres grandes temas dominaron la política italiana: primero, el terrorismo, de izquierdas y de derechas; segundo, el compromiso histórico, y el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Chile, al que el secretario del partido comunista italiano hizo referencia explícita en su propuesta de “compromiso histórico”; y tercero, la crisis de los democristianos (DC) y la probabilidad de que fueran sustituidos al frente del Gobierno italiano, es decir, la alternancia, finalmente. Mi forma de enseñar y de hacer, a qué acto asistir, qué artículo de periódico escribir, qué entrevista conceder, se interpretaba como algo que me situaba en la izquierda, pero no se

me identificaba con un partido político en concreto. Así, se me invitaba a diversas reuniones, pero como me encontraba en la Emilia-Romaña “roja”, muchas de esas reuniones estaban organizadas por activistas de izquierda, a menudo por representantes del Partido Comunista (PC), aunque también, en menor medida, por el Partido Socialista. Al parecer, dos libros míos recibieron mucha atención política: *Crisi dei partiti e governabilità* (1980) y *Degenerazione dei parti e riforme istituzionali* (1982). En esencia, todas mis charlas, debates y encuentros no pretendían influir en políticas y responsables políticos concretos, sino aclarar las cuestiones y los problemas, afrontar intelectualmente los retos, sugerir a los lectores las posibles soluciones, sus costes, sus ventajas, su posible impacto y sus consecuencias.

2. El punto de inflexión

Eran tiempos en los que los dirigentes de los partidos todavía solían leer libros u hojear lo que les recomendaban sus colaboradores. Resultaba sorprendente que el emblemático líder de la Izquierda Comunista, Pietro Ingrao, hubiera leído mi libro *Crisi dei partiti e governabilità* y me invitara a una charla cara a cara de dos horas, seguida después de la más gratificante petición de unirme a su Centro per la Riforma dello Stato, mucho más que un *think tank*. Al mismo tiempo, me comunicaron que el líder de los “melioristas” comunistas, Giorgio Napolitano, apreciaba mis análisis y escritos. La prueba no tardó en llegar. El secretario del PCI de Emilia-Romaña sugirió mi nombre como candidato al Parlamento en las elecciones de 1983. Apoyada tanto por Ingrao como por Napolitano, la propuesta fue aprobada sin problemas por el Comité Ejecutivo del partido. Los detalles de mi interesante e instructiva campaña electoral, algo que nunca había imaginado, pueden encontrarse en mi *Entre Ciencia y Política: Una Autobiografía* (Pasquino, 2022).

Una vez electo, me incorporé al grupo parlamentario de Izquierda Independiente en el Senado (Sinistra Independente). Por mera suerte fui nombrado miembro de la recién creada Comisión Bicameral para las Reformas Institucionales (de diciembre 1983 a febrero de 1985). Fueron catorce meses de intensos y conflictivos debates, en los que se presentaron muchas propuestas, pero ninguna obtuvo el apoyo de la mayoría. En síntesis, los comunistas querían un Parlamento monocameral más fuerte y se oponían a cualquier cambio de la ley electoral de representación proporcional. Los socialistas se oponían a cualquier reforma que no fuera el refuerzo de los poderes del jefe de gobierno, en aquel momento, el recién investido Bettino Craxi. La DC propuso una reforma de la ley electoral que vinculara a los partidos centristas menores existentes, PSI incluido, en una coalición que debía ser dirigida por el partido más fuerte, es decir, previsiblemente por la propia DC. Mis propuestas pretendían mejorar la representación política y ofrecer a los votantes un sistema electoral que obligara a los partidos a formar coaliciones preelectorales e indicar su candidato al cargo de primer ministro. Escribiendo casi noche y día, todo lo que sabía, todo lo que aprendí, todo lo que creía que podía ser útil para mejorar el sistema político italiano y aumentar la, no tan buena, calidad de la democracia italiana se plasmó en un libro: *Restituire lo scettro al principe. Proposte di riforma costituzionale* (1985). Discutir y explicar, defender y sostener mis propuestas y mi visión de las reformas institucionales y de la democracia me hicieron algo famoso y también, me di cuenta con el paso del tiempo, bastante envidiado por mis colegas en el campo de la ciencia política. Viajando por Italia, escribí infinidad de artículos en muchos diarios y semanarios italianos, pero casi nunca fui invitado en un contexto universitario, ni siquiera por mi departamento. Mis propuestas eran bastante controvertidas dentro del Partido Comunista y cabía esperar que los dirigentes comunistas levantaran una cortina de silencio. Por el contrario, se me pedía con mucha frecuencia que colaborara con artículos en el diario comunista *L'Unità* y en el semanario teórico comunista *Rinascita*, y así lo hice. Recibí, y honré, invitaciones de muchas federaciones comunistas comprometidas en apasionados debates sobre cómo mejorar el funcionamiento del sistema político italiano, no necesariamente sobre cómo hacer del PCI un componente de la(s) coalición(es) gubernamental(es). Las preocupaciones sistémicas prevalecieron casi siempre sobre las ambiciones y el objetivo partidistas. El clímax se alcanzó cuando Alessandro Natta, secretario del PD, en un intercambio informal me dijo: “Yo soy proporcionalista, pero tú sigue adelante con tu propuesta de reforma electoral”. En efecto, yo continué encantado. En Italia, todos los parlamentarios tienen derecho a redactar proyectos de ley. Algunos lo hacen para enviar un mensaje a sus votantes y a los grupos que les apoyan, tales como asociaciones de agricultores, una determinada empresa industrial, sindicatos, gobiernos locales, la Iglesia católica, notarios, burócratas, etc., que deben cuidar con la esperanza de obtener y conservar el indispensable apoyo y los votos de otros; quieren obtener una buena cantidad de publicidad y tiempo libre en televisión, a menudo gracias a propuestas obstinadas. Algunos redactan un proyecto de ley con la intención de ser un *ballon d'essai*, es decir, para ver si hay suficiente interés en que se regule un tema concreto. Los proyectos de ley individuales tienen muy pocas posibilidades, casi ninguna, de ser tomados en consideración por las comisiones parlamentarias. No obstante, cuando plantean cuestiones importantes, pueden redactarse otros proyectos de ley individuales, y todos ellos se debatirán entonces en la comisión. Este fue el caso del proyecto de ley que redacté en 1986 para obtener la supresión del secreto de Estado en todo lo relativo a asesinatos y actividades terroristas. Tuve suerte porque el muy respetado líder del grupo de senadores republicanos, Libero Gualtieri, se unió a mi propuesta. Tuvieron que pasar más de diez años, y muchos acontecimientos importantes, entre ellos la caída del muro de Berlín en 1989, para que se aprobara una versión revisada del proyecto de ley cuando ya no era senador, aunque eso no importa. Tuve más éxito con mi proyecto de ley relativo a los gobiernos locales. La propuesta: la elección popular directa de los alcaldes con derecho a obtener, en determinadas condiciones, una prima más o menos importante de escaños era uno de los elementos centrales de mi proyecto de ley. Obviamente, el texto final también reflejaba las preferencias de los democristianos y los antiguos comunistas. A principios de los años noventa, la reforma de la ley electoral proporcional vigente era el tema más candente. Tras treinta

años de agrias discusiones y tres leyes diferentes, una historia aparte, la cuestión sigue viva hasta la fecha (2023), pero, comprensiblemente, la mayoría parlamentaria no tiene ninguna inclinación a revisar una ley que ha contribuido a su considerable victoria y ha declarado que la transición de la actual república parlamentaria al semipresidencialismo, probablemente al estilo francés, tiene como máxima prioridad la elección popular del primer ministro (Premierado).

3. Leyes electorales y representación política

Mi contribución al acalorado debate sobre la reforma de la ley electoral ha adoptado muchas formas. Para decirlo sin rodeos, con mis artículos académicos y ocasionales, creo que se me puede atribuir el mérito de haber legitimado el abandono de la representación proporcional (RP) a la italiana. No porque la RP no hubiera funcionado de forma razonablemente satisfactoria en Italia otorgando una representación política adecuada a todos los partidos antiguos y nuevos, sino porque estaba suavizando exageradamente la traducción de las preferencias de los votantes en preferencias electorales en un inmerecido beneficio de los partidos gobernantes. Cuando en 1990 se creó un Comité para la Reforma Electoral, yo fui uno de los patrocinadores. Mi editorial publicado en el diario *La Repubblica* sugería la posibilidad de recurrir a un referéndum popular para introducir modificaciones significativas en la ley vigente. Hay buenas razones para creer que mi artículo había sido fundamental en la formación del Comité. El contenido técnico del referéndum electoral parecía menor. Al fin y al cabo, reducir el número de votos preferenciales a emitir de 3 o 4 a uno solo no afectaba significativamente a la ley electoral como tal. Mis conocimientos de ciencia política me permitieron señalar dos consecuencias importantes de la "preferencia única". En primer lugar, las redes de candidatos que "intercambiaban" preferencias se hicieron imposibles. Cada candidato tenía que presentarse para ganar sus propias preferencias personales, lo que también significaba que era más difícil que surgieran facciones de partido. En segundo lugar, la preferencia única animó a los votantes a creerse nuestro principal eslogan: "elige a tu parlamentario", allanando el camino a una ley de pluralidad en circunscripciones uninominales. El referéndum enfrentó a casi toda la clase política, que temía ver desaparecer sus rentas político-electorales, con el pueblo que quería el cambio. El pueblo ganó ampliamente. Más del 90% del 62,50% de los italianos que acudieron a las urnas en lugar de irse a la playa, como de manera infame sugirió el secretario socialista Bettino Craxi, aprobaron el cambio. Envalentonado por el importante e inesperado éxito, el Comité lanzó otro referéndum destinado a transformar la RP para la elección del Senado y obtener un sistema electoral en el que tres cuartas partes de los senadores debían ser elegidos en circunscripciones uninominales plurinominales y una cuarta parte en listas proporcionales. La Cámara hizo lo propio gracias a una ley redactada por el democristiano Sergio Mattarella, que más tarde se convertiría en presidente de la República (2015-2022; 2022-2029). En todo momento, interpreté mi papel como el de alguien que tenía que explicar los cambios y sus posibles consecuencias para los candidatos y los partidos, especialmente en términos de mayor poder para los votantes. Por supuesto, también critiqué en muchos escritos y conferencias algunas características de la ley Mattarella. En retrospectiva, después de que se hayan aplicado tres leyes electorales muy partidistas y mal redactadas, aunque sigo albergando reservas sobre la ley Mattarella, debo declarar que sigue siendo con mucho preferible a sus leyes sucesoras. Mi última iniciativa en el Parlamento, en cierto modo mi canto del cisne, fue la presentación del Proyecto de Ley n.1970, de 19 de julio de 1995: "Normas para un sistema electoral de doble vuelta en distritos uninominales para la elección del Senado de la República y de la Cámara de Diputados". Sigo firmemente convencido de que este sistema electoral obligaría a los partidos italianos a transformarse, reestructuraría el sistema de partidos y, sobre todo, daría más poder a los electores.

4. Liberalismo, competencia política y representación

El liberalismo nunca disfrutó de una posición dominante en la política italiana. En cierto modo, la conquista del poder por el fascismo en octubre de 1922 fue también en gran medida producto de la debilidad y los errores de los liberales italianos. En el retorno de Italia a la democracia en abril de 1945, los liberales desempeñaron un papel muy secundario. Su partido oficial osciló en torno al 4-5% de los votos. La mayoría siempre se quejó de que los liberales italianos eran *quattro gatti* ("cuatro gatos"). Pero eran gatos importantes y aclamados: el influyente filósofo político Benedetto Croce; el considerado economista Luigi Einaudi, presidente de la República (1948-1955); el gran historiador Rosario Romeo, que desafió las tesis de Gramsci sobre la cuestión del Sur, y, por último, el politólogo Giovanni Sartori, sin menospreciar que Bobbio se consideraba liberal-socialista. Para sorpresa de la mayoría de los comentaristas, la decisión de Berlusconi de "tomar la cancha" en 1994 fue tomada por él mismo como una revolución liberal contra los comunistas y, solo en menor medida, contra los democristianos y sus culturas políticas, ambas liberales y en declive hasta el punto de desaparecer. Pero no podía haber un proyecto de liberalismo en la búsqueda del poder político de Berlusconi. Ni cuatro o cinco parlamentarios podían hacer de Forza Italia un partido liberal en lugar de un partido empresarial. En su persona, Berlusconi, como jefe del Gobierno italiano, encarnaba lo que constituye la mayor amenaza para un Estado liberal: el conflicto de intereses. Concretamente, en casi cualquier ámbito socioeconómico revelaba la existencia de un conflicto entre los intereses privados del magnate y las políticas públicas que debía decidir el jefe del Gobierno. Era una cuestión de incompatibilidad muy clara. El día de la toma de posesión del Parlamento elegido en marzo de 1994, presenté un proyecto de ley que ponía de relieve la incompatibilidad, y pedía que todos los que se encontraran en la misma o similar situación tuvieran que deshacerse de sus cargos y recursos privados para poder ser nombrados para cualquier cargo de gobierno. Según el reglamento del Senado, cuando una proposición de ley es firmada por un tercio o más de los miembros de un grupo parlamentario debe ser inmediatamente asignada a una Comisión, en este caso

a la Comisión de Asuntos Institucionales. Todos los grupos parlamentarios tienen la posibilidad de solicitar tiempo para presentar su propio proyecto de ley. Una vez completado este procedimiento, comienza el debate conjunto de todos los proyectos de ley. Para abreviar una historia muy larga, en julio de 1995 el Senado aprobó una versión ampliada de mi proyecto de ley añadiendo muchas cláusulas, en mi opinión, innecesarias. El proyecto de ley se envió entonces a la Cámara de Diputados, donde, para gran alivio de los partidarios de Berlusconi, fue anulado por algunos parlamentarios de izquierda que querían tener su propio proyecto de ley o nada. La cuestión siguió viva hasta julio de 2004, cuando el Parlamento aprobó una ley presentada por un ministro del Gobierno de centro-derecha que, en esencia, permitía a Berlusconi conservar todas sus numerosas y diversificadas propiedades, incluida Mediaset, la gigantesca empresa de telecomunicaciones, y continuar en todas sus actividades. A pesar de los repetidos casos en los que se ha acusado a ministros y parlamentarios de encontrarse en conflicto de intereses, no tengo constancia de que se haya obligado a nadie a resolver su conflicto dimitiendo de su cargo político o abandonando sus actividades privadas en conflicto con su función pública.

La selección de los candidatos al Parlamento, ahora que hay cientos de circunscripciones uninominales, implica a menudo que muchos buscan los distritos más competitivos en función de su fuerza política y obtienen escaños seguros. Dado que la residencia del candidato no es un requisito, los votantes de varias regiones, especialmente en la “roja” Emilia-Romaña, han sido testigos de la invasión de líderes de partidos y de sus estrechos colaboradores sin relación alguna con los distritos electorales en los que se presentaban. La lealtad al partido y la resignación prevaleció sobre su comprensible irritación, pero nunca sabremos cuánto ha contribuido a la crisis de representación el fenómeno de los llamados candidatos “paracaidistas”. Si el candidato no vive donde es elegido, no conoce a sus electores, no velará con toda seguridad por las preferencias y las necesidades del distrito. Consciente de que no es probable que sea reelegido en ese distrito, no tiene ningún incentivo para ejercer la virtud de la responsabilidad. La representación política se irá al garete, como ya lo ha hecho. El escándalo político de los candidatos lanzados en paracaídas se ha hecho aún más intolerable al permitir que se presenten en varias circunscripciones, hasta cinco, en las leyes electorales más recientes, incluida la vigente, lo que hace casi imposible que los líderes de los partidos pierdan sus escaños. Las oligarquías de los partidos han sobrevivido y prosperado incluso cuando su propio partido había sufrido una grave derrota electoral. En nombre de la renovación de los partidos, la circulación de las élites, la competencia democrática, el poder de los miembros del partido y los votantes, defendí una forma de volver a conectar al partido de izquierda con sus votantes, es decir, la organización de elecciones primarias para todos los cargos electivos monocráticos: alcalde, presidente de las provincias, presidentes de las regiones, candidato a la presidencia del Gobierno. De hecho, las primeras elecciones primarias las celebró en octubre de 1995 la coalición llamada Ulivo para promover la candidatura de Romano Prodi a ese cargo. Desde entonces, el partido de izquierda ha patrocinado más de mil elecciones primarias. Esta idea llevada a la práctica ha tenido tanto éxito que, incluso la elección del secretario del Partido Democrático (PD), se ha llamado desde el principio, en 2007, de forma bastante inapropiada, “le primarie”. Empero, hay que subrayar dos puntos. El primero es que, a pesar de los muchos intentos de manipularlas, las primarias están, por un lado, honradas por la participación de un gran número de votantes y, por otro, otorgan legitimidad política e institucional a sus ganadores. El segundo punto es que los dirigentes de los partidos siguen haciendo todo lo posible para influir en la elección de los ganadores partiendo de la incapacidad e impotencia para elaborar un procedimiento preciso que deba respetarse y aplicarse. Por lo tanto, si bien puedo afirmar que mis conocimientos de ciencia política han resultado útiles para introducir la innovación política llamada primarias, debo añadir inmediatamente que, debido a su intenso deseo de conservar su posición, los líderes del partido de izquierda han conseguido la mayoría de las veces coartar la libertad de competencia y la cantidad de innovaciones. Se puede hipotetizar que la incapacidad del PD para explotar plenamente las potencialidades de las primarias explica en cierta medida sus dificultades políticas (*vid.* Valbruzzi, 2005; Pasquino, 2015a; Sandri, Seddone, 2015; Foridia, 2019 y 2022).

5. Volver a la enseñanza y... predicar

Mi carrera parlamentaria llegó a su fin en abril de 1996 en el distrito uninominal de la ciudad de Piacenza, en el norte de Emilia-Romaña, donde una vez más me habían lanzado en paracaídas (al partido en Bolonia nunca le gusté, ni mis críticas). Acepté ser candidato porque pensaba que tenía el deber político de luchar en la medida de mis conocimientos y capacidades por la izquierda y mis ideas. El ganador en el distrito uninominal, un representante de la derechista Alleanza Nazionale obtuvo 351 votos más que yo. En el momento de escribir estas líneas, se ha convertido en el jefe del grupo parlamentario en la Cámara de Diputados de Fratelli d'Italia, el partido gobernante dirigido por Giorgia Meloni. Mi derrota se debió en gran medida a la deslealtad del Partido Popular de Piacenza, más conservador que su homólogo nacional, al no compartir la mayoría de mis puntos de vista sobre cuestiones ético-sociales (sobre todo, el derecho a morir), de ahí que no votaran al candidato de su propia coalición. En cierto modo, esos (no) votantes tenían razón: yo predicaba un tipo de política diferente de la suya, tradicional. Durante mi estancia en el Parlamento, deliberada y afortunadamente, nunca dejé de leer, escribir y, gracias a la Universidad Johns Hopkins en Bolonia, impartir un curso, “Sistemas políticos comparados”, todos los lunes por la mañana antes de partir para Roma. De ahí que, en cierto modo, me sintiera preparado para emprender lo que parecía una tarea gigantesca: escribir un manual de Ciencia Política de un solo autor. En aquel momento no existía ninguno (desde hacía un par de décadas ningún otro erudito italiano había intentado hacer lo mismo). Era la experiencia (curativa) que tanto necesitaba por tres razones: 1) Para dejar atrás mis once años de vida parlamentaria; 2) para reincorporarme

plenamente a la vida académica durante el resto de mi carrera; 3) para reflexionar sobre lo que aprendí en el Parlamento y lo que podría hacerse para mejorar el funcionamiento del sistema político italiano y de la política en general. Obviamente, seguí recibiendo muchas invitaciones, también del extranjero, para dar conferencias sobre la actualidad política, los partidos políticos, las leyes electorales, las democracias parlamentarias, la formación y el cese de los gobiernos parlamentarios, con la esperanza de transmitir lo que había aprendido y sabía mejor a cambio de la petición de adquirir más conocimientos y difundirlos más ampliamente. No es este el lugar para ofrecer una bibliografía de lo que he publicado, pero el libro *Sistemi politici comparati* (2003, mal traducido al español, pero muy bien al portugués por *Principia*) merece una mención especial. Está dedicado a tres democracias parlamentarias: Alemania, Gran Bretaña e Italia, a una república presidencialista, Estados Unidos, y a una república semipresidencialista, Francia, destacando los diferentes arreglos estructurales y sus problemas de funcionamiento. En cualquier caso, es un modelo de lo que quiero decir cuando alabo el método comparativo. La política a nivel local nunca atrajo del todo mi interés académico, pero un acontecimiento importante sucedió de Bolonia conocida como *dotta, grassa y rossa*, respectivamente, por su Universidad, por su cocina y por su política. En 1999, por primera vez desde 1945, Giorgio Guazzaloca, un no comunista y, casualmente un no político, ganó inesperadamente el cargo de alcalde. No me di cuenta de inmediato, pero la derrota del partido gobernante (en aquel momento DS, Demócratas de Izquierda) y la forma en que reaccionaron los dirigentes y simpatizantes del partido fueron señal de algo importante que moldeó sus actitudes y comportamientos hasta desembocar en lo que a todas luces era un resultado imprevisible. Los herederos del Partido Comunista ya habían cambiado el nombre de su partido un par de veces, pero esto no les había ayudado a detener la hemorragia de votos. Los resultados electorales para la antigua Democracia Cristiana fueron aún peores. Para salvar su papel, sus escaños y su futuro político, los dos grupos dirigentes pensaron que la fusión era la mejor opción. Recurrieron a una justificación solemne y noble. La fusión debía ser el logro del compromiso histórico de Berlinguer, así como la culminación de lo que Aldo Moro había llamado la “tercera fase” de la política italiana. Para hacer más atractivos el proceso y el resultado, el nuevo partido se convertiría supuestamente en el depositario de las mejores culturas políticas reformistas italianas, a pesar de su visible obsolescencia y su falta de liderazgo. Sorprendido por la pobreza del conocimiento de lo que son y han sido los partidos políticos, de su formación y funcionamiento, de cómo habían hecho su aparición los viejos y nuevos partidos políticos europeos, mi reacción ante lo que iba a llamarse Partido Democrático (PD) fue inmediata y sustancialmente negativa: “ahora no; así no”. Sostuve que la convergencia de los dos grupos gobernantes estaba motivada en gran medida por la conveniencia, mientras que las bases les seguían sin entusiasmo al no percibir ninguna alternativa. Creer que los votantes fluirían hacia el PD era un acto de fe o, más secularmente, una apuesta arriesgada. Por mi parte, hice campaña contra el proyecto explicando cómo se han creado y se pueden crear partidos, recurriendo a ejemplos significativos como el Parti Socialiste de François Mitterrand (1971). Sugerí la necesidad de empezar a nivel local mediante una intensa cooperación, y que se centrara no en el botín (los cargos y sus prebendas), sino en la cultura. La moción que yo había apoyado sufrió una clara derrota y me encontré con que ningún partido se acercaba ya a mis ideas y a mi visión de Italia, de Europa, del futuro. Desde entonces, el PD ha vivido una vida muy difícil, casi miserable, pues no ha formulado ninguna cultura política original. Los numerosos y frecuentes cambios del secretario del partido no han revitalizado la organización, y las facciones han dominado la vida interna del partido. A pesar de ser incapaz de reclamar una victoria clara en las urnas, el PD ha sido el componente más importante de todas las coaliciones de gobierno desde 2011 hasta 2022. La victoria de la centro-derecha en septiembre de 2022 ha arrojado al PD a la oposición, probablemente hasta 2027 (la duración de las legislaturas parlamentarias italianas es de cinco años). ¿Cómo podría alguien construir un partido, revisar su organización, revitalizar sus actividades sin basarse y aprovechar lo que proporciona la ciencia política? La respuesta constatable es que los errores se sucederán y el PD no dejará de sorprender negativamente a los observadores y, si se me permite añadir, de demostrar que tenía razón en lo fundamental en 2007 y después (los mejores análisis del PD como partido “extraviado”, casi una acusación, los proporciona Antonio Floridia (2019 y 2022)).

¿Por qué un no tan joven politólogo decidió presentarse como candidato a la alcaldía de Bolonia, la ciudad italiana roja por excelencia? Obviamente, ni por un momento albergaba la expectativa de ganar las elecciones locales de junio de 2009. Pero pensé que era necesario poner fin a la deriva de hipocresía y mentiras del PD local. También pensé que durante una campaña electoral la posibilidad de difundir ideas, propuestas y críticas aumentaba significativamente. Para decirlo sin rodeos, pensé que en la ciudad y entre los votantes de Bolonia podría influir en el electorado interesado en la *buona politica* (buena política). Ya que ninguna *buona politica* se apreciaba en el comportamiento arrogante de los hombres fuertes de la política local. Para derrotar a Giorgio Guazzaloca, el alcalde en funciones que les había desbancado del Gobierno municipal en 1999, esos hombres fuertes revelaron su abismal ineptitud. En 2004 habían aceptado, cuando no incluso alentado, a un candidato externo, Sergio Cofferati, antiguo secretario del poderoso sindicato de izquierda, CGIL. Sin ninguna experiencia previa de gobierno, ni conocimiento de la ciudad de Bolonia, Cofferati estaba encantado de ser su alcalde, desde luego no de trabajar como tal. En 2008 comunicó abruptamente que no buscaría ni aceptaría la candidatura para un segundo mandato. A los hombres fuertes les tomó por sorpresa. Durante cuatro años ni siquiera habían intentado construir un candidato alternativo. Se vio que la “maquinaria” burocrática del PD no era capaz de identificar y tener listo un alcalde de reserva. Se celebraron una especie de elecciones primarias a las que asistí como “invitado especial” para imposibilitar mi posterior candidatura, ya que se pidió a los participantes que se comprometieran a apoyar al ganador, pero este ya había sido designado. Se trataba de un catedrático de Economía que ejercía como consejero de la región Emilia-Romaña, vicepresidente y, sobre todo, asesor del Presupuesto. Por lo tanto, su elección para

el cargo de alcalde pondría a su disposición los cargos políticos más importantes y bien remunerados. No es de extrañar que casi todo el aparato del PD se volcara con él. Aunque temida, a juzgar por la intensidad del fuego “amistoso” procedente de la sede del PD así como –según descubrí– de otras fuentes diversas, como las llamadas radios locales independientes, algunos despachos de profesionales (los notarios), varios periodistas especialmente los que escriben en *La Repubblica*, las cooperativas, mi candidatura no hizo ningún quiebro en el sólido muro de conformismo construido por el PD de Bolonia. Sin embargo, los aproximadamente 5.000 votos recibidos por mi lista y por mí (los votantes tenían la posibilidad de dividir su voto) produjeron una consecuencia imprevista y fatídica. El candidato del PD no alcanzó el umbral del 50%+1 y se vio obligado a ir a la segunda vuelta con el candidato de centro-derecha, más centrista en realidad. En los quince días transcurridos entre la primera votación y la segunda vuelta, el contrincante del PD, el empresario de gran éxito Alfredo Cazzola, desveló de forma creíble varios episodios en los que el candidato del PD, Flavio Delbono, había utilizado dinero público para fines personales, como varios periodos vacacionales caros con su amante, Cancún incluido, como reveló una carpeta de fotos. El candidato del PD ganó de todos modos, lo que dice algo sobre la impermeabilidad del electorado de izquierda en Bolonia. Unos meses más tarde, cuando se conocieron más pruebas de su malversación de fondos públicos, se vio obligado a dimitir. El final de esta historia es que se declaró culpable dos veces para evitar entrar en prisión. Publiqué un pequeño y doloroso libro *Quasi sindaco. Politica e società a Bologna 2008-2010*, (2010) ofreciendo no solo a los boloníes un relato autorizado del funcionamiento de la política en su ciudad. De los diversos periódicos y agencias de noticias que se publican en Bolonia, solo el *Corriere di Bologna*, del que fui uno de sus colaboradores, publicó una extensa reseña en la que elogiaba moderadamente mi libro. Ninguno de los diversos círculos culturales y librerías me pidió nunca que hablara de mi libro. La lección de ciencia política fue y sigue siendo cristalina: en Bolonia, el PD obtiene alrededor del 30% de los votos, pero su maquinaria política y sus ramificaciones controlan en gran medida lo que puede ocurrir en la ciudad y en todas las citas significativas, que son muchas. Para quienes estén familiarizados con la política en Nueva York, el partido gobernante en Bolonia es similar a la maquinaria política llamada *Tammany Hall*, que dominó la política de la ciudad durante décadas hasta los años cuarenta y más allá. Almond disertó sobre ello en 1938 (ed. 1998), y proporciona un análisis sobresaliente del contexto, los protagonistas y las políticas (*vid.* Golway, 2014).

6. Un cuento de nunca acabar: las reformas institucionales

No importaba cuál coalición adquiriera el poder gubernamental, ni qué personalidades dirigieran a los ministros, ni qué problema político afectara a la dinámica del sistema político italiano desde 1976, las reformas institucionales se cuestionaron constante y frecuentemente como *la* solución a todo tipo de inconvenientes políticos. En particular, la ley electoral fue considerada la varita mágica que proporcionaría copiosos beneficios a aquellos que supieran encontrar la adecuada y utilizarla. Me temo que: primero, los magos no habitan Italia y que, segundo, en repetidas ocasiones los practicantes demostraron desconocer totalmente los principios básicos de la ciencia política. Lo que considero el momento definitorio de mi orgullo politológico, así como el mayor éxito del que pueden presumir mis conocimientos de ciencia política, llegó con la batalla contra las reformas electorales e institucionales formuladas por el Gobierno presidido por Matteo Renzi (2014-2016) y aprobadas por su mayoría parlamentaria. Para ello escribí el libro *Cittadini senza scettro. Le riforme sbagliate* (2015b), en el que cuestionaba todos los elementos constitucionales propuestos y nunca revisados (es decir, nunca actualizados). Una vez que se aprobaron sus reformas y el propio primer ministro lanzó un referéndum popular innecesario destinado a obtener una investidura plebiscitaria, publiqué un manifiesto cuestionando las propias reformas, su probable impacto anticonstitucional negativo y su objetivo de aumentar los poderes del jefe de gobierno sin proporcionar nuevos, apropiados e indispensables controles y equilibrios. En agudo contraste con el pobre debate existente, formulé mi perspectiva en torno a tres grandes principios. En primer lugar, debía ser histórica, es decir, capaz de explicar por qué se habían elegido, aceptado y utilizado determinados mecanismos y qué revisiones, en su caso, se habían propuesto e introducido. La falta de perspectiva histórica, un vicio muy extendido y común en la mayoría de los políticos, pero también en muchos politólogos, afectó gravemente a la comprensión de por qué, por poner un ejemplo, una comunidad política había elegido (y mantenido) un modelo específico de gobierno. Un ejemplo excelente es la elección del modelo parlamentario por parte de los constituyentes italianos y alemanes, en 1948 y 1949 respectivamente. La historia les había enseñado mucho, algo que, en 1946, para consternación del general De Gaulle, los constituyentes franceses habían demostrado ser incapaces y no estar dispuestos a aprender: toda Constitución debe basarse en un amplio consenso de las élites. En segundo lugar, mi visión tenía que ser sistémica, lo que significa que pretendía proporcionar una visión global satisfactoria del sistema político como tal, no de una sola institución por muy importante que pareciera, sino de todas las instituciones y sus interacciones: el circuito institucional, no solo un actor; no solo el partido más grande o el pivote, sino el sistema de partidos. El supuesto no es solo que la agregación de los diversos elementos es mucho más que su suma, sino que la combinación de todos los componentes adquiere una dinámica propia y que la sustracción de un componente, por ejemplo, un partido significativo o una Cámara del Parlamento bicameral afectará a todo el sistema.

En tercer lugar, mi perspectiva quería ser verdaderamente comparativa. Mi referencia académica era Sartori, quien más de una vez afirmó: “Si solo se conoce un sistema político, ni siquiera se conoce ese sistema político”. De hecho, por muy profundo que sea el conocimiento que uno tenga de ese sistema político, si no se está dispuesto a proceder con comparaciones significativas, uno nunca estará en posición de decir con certeza qué es “normal” y qué es “excepcional”. No se logrará predecir los efectos y las consecuencias

sobre el sistema político de algunas modificaciones en sus instituciones, reglas, procedimientos si no se tiene suficiente conocimiento de que algo similar ha tenido lugar en uno o más sistemas políticos. En pocas palabras, recurriendo a la perspectiva comparativa se puede buscar y encontrar en gran medida la promesa de la aplicabilidad de la ciencia política, su relevancia, por un lado, para los responsables políticos y los ingenieros institucionales y, por otro, para los ciudadanos participantes debidamente formados, bien equipados, y sus asociaciones, incluyendo los partidos. Los tres grandes principios y toda mi perspectiva fueron sometidos a la prueba de fuego más difícil que representa el paquete de reformas constitucionales de Matteo Renzi. En primer lugar, ¿Una Constitución consensuada es automáticamente responsable de que el proceso de toma de decisiones sea farragoso, lento, permeable y expuesto a contradicciones? Renzi, sus colaboradores y sus partidarios mantuvieron en repetidas ocasiones que había llegado el momento de hacer de Italia una democracia decisoria (*democrazia decidente*). Me temo que esta terminología no existe ni en la literatura ni en la práctica. Carece de sentido. Uno de los estudiosos más citados sobre la democracia, Arend Lijphart (1999), había identificado dos tipos de democracia: la consensual, o proporcional, y la mayoritaria, que para ser más precisos debería definirse “conflictiva”. Sin embargo, no hay una línea clara y permanente que divida los dos tipos de democracia. “Proporcional” de 1946 a 1994, pero Italia rara vez fue una democracia consensual, con excepción de dos breves periodos: 1945-1947, y 1976-1978, y durante mucho tiempo representó uno de los mejores o, mejor dicho, peores ejemplos de democracia conflictiva. Una mayor comprensión solo puede obtenerse evaluando la intensidad del conflicto en diferentes periodos y cuando diferentes coaliciones estaban en el poder. Ninguna “fotografía” podría proporcionar los datos necesarios, pero la falta de conocimiento histórico y de interés mostrada por Renzi y sus partidarios impidió el rodaje de lo que sin duda debía ser una “película” imprescindible. Cómo se había redactado la Constitución italiana y por qué surgieron ciertos problemas concretos y cómo se resolvieron. Sin problematización no hay comprensión, no hay solución, no hay aprobación por parte de los votantes. Me complació el resultado al que espero que hayan contribuido mis numerosos debates, conferencias, mítines y artículos. Mi segundo principio, casi un requisito, un imperativo, fue totalmente ignorado. Una buena constitución y un sistema político que funcione bien no deben reformarse poco a poco, añadiendo o quitando algunos elementos más o menos aceptables. Solo un enfoque sistémico promete que las diversas modificaciones no irán seguidas de un inesperado desequilibrio. En 1946 el bicameralismo se mantuvo por los constituyentes italianos, porque percibieron la necesidad de que al menos dos lecturas de todos los proyectos de ley pudieran mejorar la legislación, y porque la existencia de dos Cámaras implicaba la posibilidad de otorgar una mejor representación política a una sociedad entonces desorganizada y fragmentada. Por lo tanto, en 2016 una transformación del bicameralismo italiano requería indicaciones precisas sobre cómo no poner en peligro la legislación y la representación. A este respecto, no se sugirió ni formuló nada. Suponiendo que la tan deseada democracia decisoria pudiera nacer simplemente aumentando el papel y los poderes del primer ministro, es curioso que la reforma institucional propuesta no prestara ninguna atención a la Constitución de la república alemana, donde el problema se resolvió de forma admirable mediante el *voto constructivo de censura*, importado con éxito por España en 1978. Una cifra bastará para demostrarlo. De 1949 a 2023 ha habido nueve cancilleres alemanes. De 1946 a 2023 los primeros ministros de Italia han sido treinta y uno y, lo que es más sorprendente, los primeros ministros británicos han sido quince. Además, en el confuso paquete de Renzi no hubo ningún intento de combinar el refuerzo de los poderes del primer ministro con la introducción de nuevos instrumentos para que la oposición supervise la actividad del Gobierno y controle su comportamiento. Sobre la base de lo que en aquel momento estaba aprendiendo en mi actividad parlamentaria, me había ocupado de la importancia de una oposición capaz para el desempeño democrático y la calidad del sistema político (Pasquino, 1990, trad. 1997b). Por último, una estrategia verdaderamente reformista debería estar configurada por una perspectiva comparada, es decir, por el conocimiento de cuáles han sido las consecuencias de algunas reformas concretas en contextos similares: las democracias parlamentarias. Desde el principio, empezando por la etiqueta aplicada deliberadamente a la nueva ley electoral: *Italicum*, todas las reformas de Renzi tenían un aroma a parroquialismo trasnochado disfrazado de flamantes productos de los mejores profesores italianos de derecho constitucional. Contrariamente, y no especialmente versados en Derecho Constitucional Comparado, durante la campaña electoral varios de esos profesores se distanciaron gradualmente de las posiciones adoptadas por el Gobierno y los ministros. En cualquier caso, quedó claro que aquellas reformas constitucionales italianas eran un salto al vacío potencialmente peligroso cuyas repercusiones no podían preverse. Para recurrir una vez más a las enseñanzas de Sartori, esas reformas no podían enmarcarse respetando los criterios eruditos de una teoría probabilística: “Si se aplican las reformas a, b, c, entonces es probable que se produzcan las consecuencias x, y, z”. En aquel momento nadie se mostró capaz de sugerir con suficiente seguridad cuáles consecuencias precisas se derivarían de esas reformas. Escribí un manifiesto en el diario *Il Fatto Quotidiano*, el 14 de mayo de 2016, ahora disponible en un folleto (Pasquino, 2016) donde he compilado varias agudas refutaciones breves a artículos y entrevistas mal informadas y muy sesgadas de los partidarios de las reformas y contra el comportamiento totalmente inapropiado e inaceptable del primer ministro Renzi, quien desde el principio decidió transformar el referéndum constitucional en un plebiscito sobre su persona y su futuro político. “O aprueban *mis* reformas o dejaré la política. Hay mucho que hacer fuera”. Desde junio hasta el 2 de diciembre de 2016, cuando tuvo que terminar la campaña, participé en ochenta y cuatro debates, conferencias, confrontaciones por toda Italia, desde Sciacca, en el extremo sur, hasta Pordenone, en el extremo norte. Para mi sorpresa, hubo una importante movilización de la sociedad civil italiana: la Asociación Nacional Partisanos de Italia (ANPI), muchas fundaciones e instituciones culturales, círculos locales —a pesar de algunas opiniones discrepantes—, la Confederación General Italiana del Trabajo (CGIL)... Los partidarios más poderosos del Sí fueron la Confederación General de la Industria

Italiana (Confindustria) y su bloque de poder formado por el diario *Il Sole 24 Ore* y la *Libera Università Internazionale degli Studi* (LUISS) de Roma, en la que, que yo sepa, no se expresó ni un solo profesor disidente. En el 80% de los debates organizados por los partidarios del NO, se contó con la presencia de un partidario del SÍ. Por el contrario, nunca fui invitado a ningún debate por los partidarios del SÍ, con una excepción en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Milán: tres partidarios del SÍ más el moderador, y yo por el No. En la docta, la *grassa*, la roja Bolonia fue un caso aparte. El departamento de Derecho rechazó todas las solicitudes de debates en su “territorio” porque *in Facoltà non si fa politica*, como si discutir sobre la Constitución y sus reformas pudiera considerarse un caso de politización y partidismo extremo. En cualquier caso, varios profesores de Derecho participaron en debates públicos, curiosamente, todos ellos apoyando la posición del NO. El resultado fue alto y claro: el 65% de los votantes acudió a las urnas; el 59.10% votó NO; el 40.90% votó SÍ. Fue una victoria aplastante para la Constitución y una derrota dramática para el flamante primer ministro, quien dimitió de inmediato. También dejó su cargo de secretario del PD para volver unos meses más tarde, sin arrepentirse nunca de sus malas reformas y su peor campaña electoral. Me regocijé de lo que consideré una victoria a la que había contribuido con mis enseñanzas, escritos y conferencias. En Italia, las reformas institucionales, constitucionales y electorales siguen a la orden del día. En el momento de escribir estas líneas, un proyecto de ley para conceder a las 20 regiones italianas un importante grado de autonomía política y económica, probablemente a expensas de las regiones meridionales menos desarrolladas, está suscitando una gran controversia. La propia primera ministra ha declarado en repetidas ocasiones que quiere transformar la república italiana del parlamentarismo al semipresidencialismo, al estilo francés. Sobre ambos temas he escrito breves ensayos. Me espera mucho trabajo adicional en un futuro próximo. Pero ha llegado el momento de sacar algunas conclusiones provisionales: la relación entre el politólogo y mi actividad política, sobre todo parlamentaria, o el politólogo como político. Y la ciencia política, ¿para qué?, es decir, el politólogo como actor reformador.

7. A manera de conclusión: una cierta idea de la ciencia política

Desde los inicios de mi carrera como profesor, nunca me planteé la idea de convertirme en político, “un hombre político”. Durante once años trabajé en el Parlamento italiano como senador sin otro objetivo que el de ofrecer una buena representación política a mis votantes, a los votantes de la izquierda italiana y, lo que es aún más ambicioso, a los ciudadanos italianos. Mi poder, si lo tenía, residía en mis discursos parlamentarios seleccionados, en mi redacción de algunos proyectos de ley específicos y en mis actividades en la Comisión de Asuntos Constitucionales. También tuve la suerte de poder publicar un gran número de artículos periodísticos, además de artículos académicos y libros, y fui invitado a dar muchas conferencias públicas y a participar en varios programas de entrevistas en radio y televisión (aún lo hago). Creo que es imposible averiguar y evaluar cuánta influencia he tenido en la práctica, es decir, a la hora de establecer la agenda, de encauzar el debate, de afectar al resultado: ¿poca?, ¿alguna? En cualquier caso, no interpreté mi papel como el de alguien que quería “decir la verdad al poder”. Mi principal interlocutor era la opinión pública en general, luego mis votantes, algunos líderes de opinión, mis colegas parlamentarios, indirectamente, porque nunca discutí cuestiones políticas en el aula de forma partidista con mis alumnos (unos cuatrocientos al año en el periodo 1998-2012). En cierto modo, como aseguran y confirman muchos periodistas y comentaristas políticos, siempre me esforcé por evitar convertirme en demagogo o profeta, dos papeles en los que algunos profesores tienden a caer y que son justamente criticados por Max Weber. Ni siquiera yo tengo claro hacia dónde debería apuntar la flecha de la influencia de mi actividad como profesor, conferencista, parlamentario y como comentarista político. No me corresponde a mí dar una respuesta definitiva, pero supongo que lo que realmente cuenta es la pregunta: ¿a quién deberían dirigirse los académicos? Tendremos que dejar la respuesta a algún estudioso que se interese, como se hace en otros países, por recopilar el material adecuado para la clasificación de los intelectuales públicos italianos.

En cuanto al segundo tema: “la ciencia política, ¿para qué?”, mis reflexiones tienen dos puntos de partida. El primero es lo que aprendí, directa e indirectamente, aprobándolo o como reacción, de Sartori. El segundo es lo que me ha enseñado mi propia experiencia. “Los filósofos han estudiado el mundo, es hora de cambiarlo”. Aunque Sartori intentaría por todos los medios evitar todo lo que tuviera que ver con Karl Marx, sin duda suscribiría esta afirmación: “Los historiadores, los abogados y los filósofos han estudiado el mundo; los politólogos pueden tener la oportunidad de cambiarlo”. La ciencia política de Sartori pretendía traducir las explicaciones y generalizaciones exitosas en teorías probabilísticas que contuvieran y formularan sugerencias para mejoras deseadas y verificables. Sartori no albergaba ninguna duda: la ciencia política es una ciencia que, bajo ciertas condiciones rigurosas, puede (y debe) aplicarse. *Ingeniería constitucional comparada* (1995) es un monumento a la concepción, la visión y el conocimiento que Sartori tenía de la ciencia política. Contiene el material necesario para aplicar los conocimientos adquiridos por la política comparada en muchos casos importantes: desde los sistemas electorales y su impacto en los sistemas de partidos, hasta los modelos de gobierno, su estabilidad y flexibilidad. Mi interpretación de la aplicabilidad de la ciencia política de Sartori se encuentra en el capítulo “La aplicabilidad de la ciencia política” en el libro en el que comparo las aportaciones de Bobbio y Sartori (Pasquino, 2021a). Resulta imposible ofrecer aquí un análisis comparativo de las distintas interpretaciones de la forma en que puede aplicarse fructíferamente la ciencia política, pero dos casos, aunque distantes merecen cierta atención: Almond, Flanagan, Mundt (1973) y Huntington (1991). El primer libro contiene, en mi opinión, fascinantes análisis de importantes episodios históricos, todos ellos formulados casi como teorías probabilísticas. En cuanto a Huntington, el politólogo de Harvard, a menudo polémico pero muy imaginativo, asume deliberadamente el papel de un Maquiavelo contemporáneo

y formula capítulo a capítulo una serie de directrices para los democratizadores. La diferencia entre la ingeniería constitucional de Sartori y la democratización política de Huntington es que la primera se ocupa de mecanismos y estructuras, mientras que la segunda se ocupa de comportamientos y opciones. Ambos comprometen y recompensan nuestras capacidades intelectuales y nuestra imaginación política. En cierto modo, la aplicabilidad puede ser considerada como el ejercicio mediante el cual se hace posible evaluar la validez de nuestras generalizaciones y teorías probabilísticas. Las predicciones erróneas serán refutadas, las acertadas, corroboradas. Los resultados mixtos obligarán a los estudiosos a afinar sus estudios y a redefinir sus resultados. Pero Sartori pensaba que la ciencia política podía servir y hacer avanzar otra gran ambición intelectual: la (re)configuración de la cultura política de un sistema político. En este caso, el campo de experimentación y acción era Italia, cuya cultura política había sido casi monopolizada por el catolicismo democrático y el marxismo revisionista gramsciano, y donde los liberales eran una ínfima minoría, no había capacidad de innovaciones culturales y políticas. Si se hace hincapié en la calidad política de la cultura que hay que formular, en su conocimiento pragmático, aunque no desprovisto de teoría, y en su carácter pluralista, la cultura política que hay que formular siguiendo los pasos de la ciencia política se acomodaría mejor a una situación democrática y la potenciaría y reforzaría. Los democristianos y los comunistas han desaparecido arrastrando consigo lo que quedaba de sus obsoletas culturas políticas, pero los profesionales italianos de la ciencia política no han proseguido hasta ahora la tarea de contribuir a la formulación de una cultura política positivista. Lo que he hecho y escrito habla por mí. Lo que he relatado hasta ahora debería bastar. Mis esfuerzos y mis, en su caso, logros en el campo de la cultura política, presentados en *Libertà inutile* (2021a), tenían en muchos casos el propósito deliberado de dirigir una crítica seria a lo que quedaba de las moribundas culturas políticas del pasado y de sentar las bases de una nueva cultura política cuyo núcleo debe ser, en mi opinión, el europeísmo. Hoy en día, la tarea más ambiciosa de la ciencia política es llegar a ser relevante para la construcción de la democracia a nivel europeo, formular la cultura política de apoyo a la construcción institucional europea, convertirse en ejemplo y abanderado de la paz y la prosperidad. No es un sueño, sino un proyecto político. Europa, más que ningún otro continente político, es el campo de batalla para que los politólogos aporten sus conocimientos, pongan a prueba y perfeccionen sus teorías, formulen la cultura política del federalismo supranacional y democrático. Esto, entre otras lecciones, lo he aprendido en los muchos y productivos años pasados en el Parlamento italiano. Queda mucho por hacer.

8. Bibliografía

- Almond, G. A. (1998): *Plutocracy and Politics in New York City*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Almond, G. A. y B. G. Powell (1966): *Comparative Politics. A Developmental Approach*, Boston, Little, Brown and Co.
- Almond, G. A., S. C. Flanagan y R. J. Mundt (1973): *Crisis, Choice, and Change. Historical Studies of Political Development*, Boston, Little, Brown and Co.
- Duverger, M. (1951): *Les partis politiques*, París, Seuil.
- Easton, D. (1953): *The political System. An Inquiry into the State of Political Science*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- Florida, A. (2019): *Un partito sbagliato. Democrazia e organizzazione nel Partito Democratico*, Roma, Castelvecchi.
- Florida, A. (2022): *PD. ¿Un partito da rifare? Le ragioni di una crisi*, Roma, Castelvecchi.
- Golway, T. (2014): *Machine Made: Tammany Hall and the Creation of Modern American Politics*, Nueva York, Liveright.
- Huntington, S. P. (1965): "Political Development and Political Decay", *World Politics*, 17 (3) pp. 386-430.
- Huntington, S. P. (1968): *Political Order in Changing Societies*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Huntington, S. P. (1991): *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman y Londres, The University of Oklahoma Press.
- Lijphart, A. (1999): *Patterns of Democracy. Government Forms and Performance in Thirty-Six Countries*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Panebianco, A. (comp.) (2016): *Una certa idea di scienza politica. Saggi in onore di Gianfranco Pasquino*, Bolonia, Il Mulino.
- Pasquino, G. (1970): *Modernizzazione e sviluppo politico*, Bolonia, il Mulino (trad. esp. *Modernización y desarrollo político*, Barcelona, Editorial Nova Terra, 1974).
- Pasquino, G. (1980): *Crisi dei partiti e governabilità*, Bolonia, il Mulino.
- Pasquino, G. (1982): *Degenerazione dei partiti e riforme istituzionali*, Roma-Bari, Laterza.
- Pasquino, G. (1985): *Restituire lo scettro al principe*, Roma-Bari, Laterza.
- Pasquino, G. (1997a): *Nuovo corso di scienza politica*, Bolonia, il Mulino (trad. esp. *Nuevo Curso de Ciencia Política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011).
- Pasquino, G. (1997b): *La oposición en las democracias contemporáneas*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Pasquino, G. (2003): *Sistemi politici comparati. Francia, Germania, Gran Bretagna, Italia, Stati Uniti*, Bolonia, Bolonia University Press.
- Pasquino, G. (2010): *Quasi sindaco. Politica e società a Bologna 2008-2010*, Reggio Emilia, Diabasis.
- Pasquino, G. (2015a): "The Primary Elections in Italy. An Episode in Institutional Innovation", en G. Pasquino y M. Valbruzzi, *A Changing Republic. Politics and Democracy in Italy*, Novi Ligure, Epoké Edizioni, pp. 17-35.
- Pasquino, G. (2015b): *Cittadini senza scettro. Le riforme sbagliate*, Milano, Università Bocconi.

- Pasquino, G. (2016): *Manifiesto*, Novi Ligure, Edizioni Epoké.
- Pasquino, G. (2021a): *Libertà inutile. Profilo ideologico dell'Italia repubblicana*, Milán, UTET.
- Pasquino, G. (2021b): *Bobbio y Sartori, Comprender y cambiar la política*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Pasquino, G. (2022): *Tra scienza e politica. Una autobiografia*, UTET, Milán.
- Sandri, G. y A. Seddone (comps.) (2015): *The Primary Game. Primary Elections and the Italian Democratic Party*, Novi Ligure, Edizioni Epoké.
- Sartori, G. (2017): *Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Valbruzzi, M. (2005): *Primarie. Partecipazione e leadership*, Bologna, Bologna University Press.

